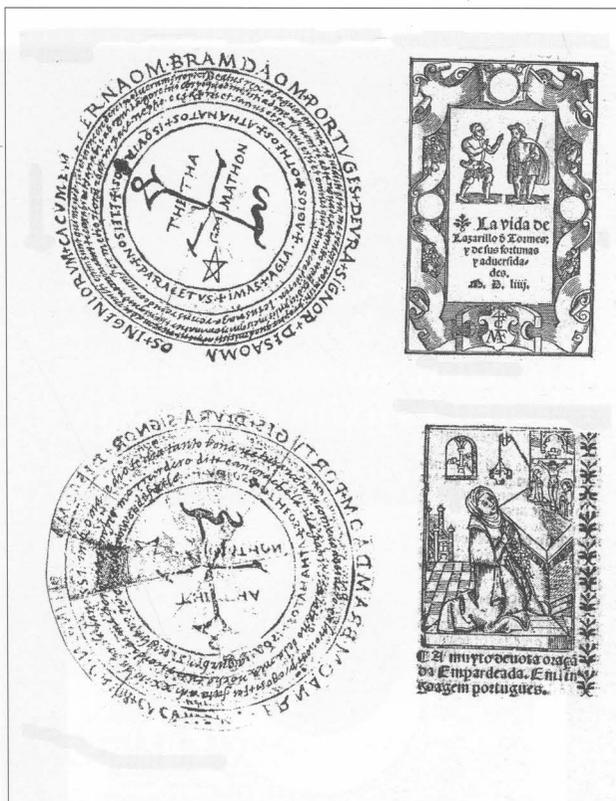


## de Víctor Infantes

luego, mejores que otros, y que me mandaba asiduamente Antonio Gómez-, pero la necesidad del estudio de cada obra no obligaba a los prologuistas a la búsqueda y a las respuestas comunes del origen del tesoro. En una *babelia* del año 2000 otro artículo periodístico con ribetes de solución parecía dejar el tema en el trastero de cualquier mejor propósito, pero como suele pasar con harta frecuencia importaba menos lo que se decía –sugere, pero hipotético y sin pruebas–, que quién y dónde se decía; y precisamente las pompas funerales de esta ceremonia de la confusión fueron las que (parece que) animaron a Fernando Serrano Mangas a desentrañar la “solución al enigma”, aunque, como él mismo indica con cautela: “sin precipitaciones” [p. 21, con las citas que evitamos]. Le esperaban algunos años metido entre archivos y papeles notariales, trasegando bibliografías incómodamente circundantes en busca de una solución que tampoco era seguro que se fuera a encontrar de antemano; también lo anunciaba el propio autor: “*Supervacaneis operis id faciam*”.

No, no piensen, por favor, que Fernando Serrano ha dado con las facturas de compra, con el IVA y la dirección de envío para el mensajero; no se trata de eso, en absoluto, se trata de algo mejor todavía. El autor del libro ha partido de la necesaria premisa de preguntarse por la razón de ser de esta “Biblioteca”: su congregación temática, el perfil cultural de su propietario/lector, a quién pertenecía la casa de enfrente de la Iglesia de Nuestra Señora de Soterraño, porqué y cuándo los encarceló y sobre estas necesarias presupuestas ha emprendido una búsqueda documental que intentara contestar las interrogantes de este regalo bibliográfico desconocido. Y con amplias miras. La solución no pasaba por encontrar un nombre y cerrar la carpeta al hilo de un dato, lo importante era completar el universo de antecedentes y consecuentes del ignoto dueño y cercar cronológicamente las respuestas. Y son los documentos los que guían hacia Francisco de Peñaranda, natural de Llerena, médico del Estudio salmantino, judío, vecino de Barcarrota desde 1510, con estancias (y relaciones) en Sevilla y Portugal, casado dos veces y que abandona la villa extremeña en 1557 para establecerse en Olivenza. En el estudio de Fernando Serrano, al hilo siempre del documento preciso desenterrado de su legado, vemos desfilar a través del tiempo la constelación familiar de los Peñaranda, sus conexiones genealógicas, los avatares sociales y económicos de sus descendientes; pero también, por lo que conviene al tesoro bibliográfico, la explicación puntual (y precisa) de la lógica pertenencia de cada uno de los títulos, su vinculación con la ideología judeoconversa, el destino bibliográfico para la formación de una cultura médica en la época, junto a la parte dedicada al ocio lector y al texto sugere. Una frase de historiador convencido de sus deducciones resume el enigma: “Francisco de Peñaranda tapió los ejemplares más com-



prometedores de su biblioteca a finales de 1556 o principios de 1557. Creyó, con razón a la vista del resultado, que aguardaban seguros entre los muros de su *generación* en su casa de Barcarrota, frente a la iglesia de Nuestra Señora de Soterraño. El pico del alarife de finales del siglo XX les redimió de la estrecha mazmorra, al mismo tiempo que liberaba un soplo del alma y de la vida de su dueño, el médico del siglo XVI.” (pp. 57-58). La luz de los libros ha sido recuperada.

Escribo antes del verano, que estará ya con mis lectores cuando tengan este número en las manos, por ello no termino sin ofrecer otras *noticias* librescas que puedan mitigar los humores que se avecinan. Me llegó el cuidado nº 1 de *Syntagma. Revista del Instituto de Historia del Libro y de la Lectura*, [Salamanca, 2005, 174 pp.], quizá la más bella revista actual sobre el tema, con trabajos de peso de Anthony Hobson, Jacques Michon, Armando Petrucci, Dennis E. Rhodes... con todos ellos, envueltos en la preciosa maquetación, sigue en marcha una nueva forma de estudiar la cultura del libro. Me impuse la obligación de (re)leer a Umberto Eco, *La misteriosa llama de la reina Loana* [2004], con la curiosa ¿errata? de no reflejar en la portada –el DNI de cualquier libro que se precie– la cita de la cubierta: “*Novela ilustrada*” [Barcelona: Lumen, 2005, 508 pp., con ilustraciones], y el avezado semiólogo transalpino me ha estado tomando mis respetables canas más de 500 páginas, y lo peor es que me he dejado impunemente, con la esperanza de un final que me justificara el comienzo; su lectura fue por estricta prescripción bibliográfica de un doctorabado, pero no me previno de las contraindicaciones de este placebo del eco del nombre de la rosa (ni tampoco hice caso a JRJ). Oséase, que me vuelvo a la Biblioteca de Barcarrota y a los libros que sí dan lo que prometen, porque además del placer de leerlos, queda el placer de recordar que se han leído.